



LA IZQUIERDA EN UN TIEMPO DE INCERTIDUMBRE

Entrevista con *Ludolfo PARAMIO*

La crisis de la izquierda se da en momentos políticos difíciles, en una época caracterizada por crisis de diversos tipos: económica, laboral, política, ética. ¿Cómo presentarías el cuadro general? ¿Qué elementos son relevantes?

— Como soy un poco insensato, tiendo a pensar que el momento es muy bueno. Sin llegar al extremo del presidente Mao de que «hay un gran caos bajo los cielos y eso es excelente», pero casi. Tengo la impresión de que la marea conservadora ha llegado hasta París en 1993 y que ahora puede comenzar a retroceder. No es nada evidente que deba retroceder, pero creo que podría empezar a hacerlo. ¿Por qué? Porque en el país en donde el experimento conservador ha sido más llamativo, Estados Unidos, ha habido

ya una oscilación del péndulo y se descubre que después de diez años sin inversión en educación, en sanidad y en infraestructuras, el país simplemente no es competitivo. Por puras razones de mercado, de la filosofía del capitalismo duro —que movía a la ofensiva neoconservadora—, el neoconservadurismo ha fracasado.

En Inglaterra, John Major ha traicionado a Margaret Thatcher, como ella misma subraya, y está introduciendo reformas que empiezan a hacerle apimarse a lo que fue el consenso socialdemócrata de la posguerra. Es ya muy difícil marcar la diferencia entre las propuestas de Major y las de gobiernos que no han sido ideológicamente neoconservadores.

Quizá, por la megalomanía tradicional de los españoles, tengo la impresión de que las

elecciones de junio en España pueden ser un poco una prueba, y que si ganáramos los socialistas, se vería que la marea ha llegado hasta aquí. Tampoco soy muy pesimista, en el sentido de que aunque perdiéramos no creo que la marea pueda llegar más que hasta aquí, porque el redescubrimiento de los mercados en los países del Este tampoco parece que dé para ir mucho más allá ideológicamente, en el sentido de seguir haciendo propaganda al mercado como panacea; porque en América Latina también los países que han conseguido hacer la reforma económica, saliendo del modelo proteccionista, ya empiezan a tener demandas de política social y de intervención del Estado, y porque me parece que la década del ochenta se está cerrando.

El neoliberalismo ha sido un espejismo ideológico, no da más de sí. El Estado tiene que recuperar un papel en la vida pública y en la economía. Creo que la década del noventa, aunque sea con grandes contradicciones y problemas, va a ser una década de reaparición de la idea de intervención pública, de afirmación de los derechos sociales, de recuperación de un modelo de sociedad bastante distinto al neoconservador, más próximo a lo que fue la idea del Estado social en los años cincuenta o en los sesenta. Me parece que ha habido un intento de contrarrevolución conservadora que ya no da más de sí y que ahora el rumbo de las sociedades industrializadas va a cambiar.

— **La crisis de la izquierda desde el 89 —tomándolo como punto de referencia simbólica— hasta 1993 es la culminación de problemas y arteriosclerosis anteriores que podemos ubicar a nivel teórico —en los excesos del socialismo científico, la ortodoxia, las soluciones totales, la adversión al capitalismo—, a nivel político —en el estatalismo, la ideología de la dictadura del proletariado—, a nivel partidista —el antirreformismo y la apuesta total por la evolución—.**

¿Cómo caracterizarías la crisis a estos distintos niveles y dónde indicarías los lugares para visitar, reelaborar la cultura de izquierda?

— Sigo siendo (post)marxista, es decir, creo que la realidad social y económica va por delante de las ideas. La crisis de la izquierda viene de que los apoyos electorales y sociales del proyecto de izquierda —que son los que realmente cuentan— han sido disgregados, erosionados y, en algunos casos, destruidos por la crisis económica que empieza en los años setenta y que llega hasta hoy. Esto tiene que ver con el discurso ideológico, pero me parece que es mucho más importante la base social. El problema es que el proletariado industrial tradicional, tal y como existía en los años sesenta, ha sido destruido, erosionado, disgregado por la reestructuración del capitalismo en estos años.

Las ideas de la izquierda tradicional eran disparatadas, en el sentido de que se creía que el estatalismo absoluto en la propiedad, y la revolución como ruptura mágica del contexto social, eran las puertas para llegar a una sociedad perfecta. Ahora bien, la propiedad estatal no garantiza el control social sobre la economía, y las revoluciones suelen crear poderes autoritarios, policiales, muy distintos de lo que podríamos imaginar como una democracia de la mayoría, muy alejados de lo que para Marx era su idea de socialismo.

La clave de la crisis de la izquierda es que con el derrumbamiento del bloque soviético —que era la última referencia ideológica— se ha hecho evidente una cosa más elemental: que los grupos sociales que se identificaban con el socialismo, básicamente el proletariado industrial, están en una fase de reconversión muy profunda. Me parece que el verdadero problema de la izquierda no es tanto el cambio de ideas. Por ejemplo, los socialistas españoles en los años ochenta revisamos muy profundamente nuestra idea de proyecto socialista; pero lo

que verdaderamente nos afecta es el cambio social que significa la reconversión de la industria, los cambios de expectativas en la sociedad y el hecho de que las viejas identidades, como las proletarias tradicionales, están cambiando o rompiéndose.

— **La izquierda reformista, a diferencia de la revolucionaria —aunque también ella se encuentra ante un grave momento crítico pero no tan global—, es *prima facie* la que puede tener buenas probabilidades de recuperación y enfrentarse a problemas como el de la reforma del Estado. No podemos estar sin Estado y si queremos una modernidad política no podemos con el Estado ampliado: *ne cum te, ne sine te*. ¿En qué términos planteas el problema de la crisis del modelo estatista y cómo pensar de manera más particular el redimensionamiento del Estado sin afectar su papel de árbitro, su autonomía, pero haciéndolo eficiente?**

— Primero me gustaría subrayar que, en los ochenta, entre la izquierda de América Latina y la europea hay una diferencia importante. La izquierda europea partía de modelos reformistas y de extensión del Estado de bienestar, mientras que la izquierda latinoamericana, o por lo menos buena parte, seguía obsesionada por el mito de la revolución. El mito de la revolución se cae con la crisis del modelo soviético, con la imposibilidad de crear sociedades transparentes, reconciliadas y armoniosas a partir de la revolución, y, lo que es peor, con el ejemplo cubano a partir de la obviedad de que la revolución en un sólo país no permite crear una economía eficiente.

En Europa la crisis es diferente. El problema es que el Estado de bienestar no puede extenderse ilimitadamente si se acepta que es un Estado que tiene que funcionar en un contexto de economía de mercado. Para que el Estado de bienestar funcione tiene que poder financiarse, tener una economía competitiva que le permita, por la

vía fiscal, financiar servicios y prestaciones sociales.

Entonces, la experiencia de los ochenta es doble. Por una parte, el Estado de bienestar no puede extenderse indefinidamente porque entonces se convierte en un obstáculo para la viabilidad de la economía: este es el ejemplo sueco, que había sido durante mucho tiempo el modelo. Pero, por otra parte, está el ejemplo de los países que decían que iban hacia el Estado mínimo: los modelos conservadores de Estados Unidos y Gran Bretaña. La experiencia de los ochenta es que han quebrado económicamente, han creado economías menos competitivas, socialmente muy dañadas, llenas de divisiones y con una gran debilidad.

Así pues parece evidente que lo que hay que buscar es el punto intermedio en el que una economía sea competitiva, porque tiene bastante Estado de bienestar para garantizar la calificación y el nivel de vida de la población —incluso, la existencia de un mercado interno amplio, que garantice que la demanda permita funcionar al capital, a las empresas, sin depender únicamente del mercado mundial— y, además, un equilibrio fiscal que posibilite esa competitividad, porque un Estado de bienestar sólo puede tener las dimensiones que permita la economía nacional.

Si la economía no es capaz de competir en el mercado mundial, los ciudadanos no pueden tener un cierto bienestar. Esto implica buscar un equilibrio bastante pragmático en el que se consiga que la economía sea competitiva, que las empresas funcionen y que el Estado intervenga realmente para garantizar servicios sociales elementales como educación, sanidad, infraestructura, transporte y comunicaciones; que el Estado oferte bienes públicos que son imprescindibles, por una parte, para garantizar la equidad, para crear una cierta igualdad de oportunidades entre los ciudadanos —que es lo más parecido a lo que podemos definir como socialismo, por lo menos en un nivel mínimo—, y por otra parte para hacer posi-

ble que la economía pueda competir. Si el Estado se aleja de la educación y de la sanidad, la sociedad funciona muy mal. Y si el Estado adquiere responsabilidades que no puede financiar a partir del funcionamiento de la economía, al país también le va mal.

— **Otro aspecto de la crisis de la izquierda es el tema partidista. En un artículo hablabas a la democracia. Para la izquierda en específico éste es un grave problema...**

— ...para la izquierda, sobre todo. La derecha siempre sabe quién es.

— **En épocas también tiene problemas...**

— Sí, pero no tan graves como los que puede tener la izquierda. Para la izquierda, una crisis partidaria significa la dificultad de aglutinar bajo un proyecto unitario a la gente que sufre algún tipo de injusticia social o que tiene alguna reclamación. Los grupos «damnificados», por decirlo así, son siempre dispersos. Conseguir englobarlos bajo un proyecto único es muy difícil. El mérito de Marx fue decir que todos los asalariados tenían el mismo problema. Ahora es más difícil de creer porque hay asalariados con diferentes problemas: trabajo, empleo, vivienda... La izquierda es siempre más frágil que la derecha, ésta puede tener problemas de representación pero tiene intereses sólidos detrás.

— **La crítica constante que se hace a la izquierda en el poder es que no defiende suficientemente a la clase trabajadora. Al momento de gobernar, el problema para la izquierda era hacerlo para toda la sociedad, elaborando programas que pudieran efectivamente gobernar el país bajo perspectivas globales, generales. ¿Reconocerías en ésta una de las grandes deficiencias político-gubernamentales de las izquierdas en el poder?**

— Hubo un momento en los años cincuenta en que los partidos europeos de origen obrero tuvieron que enfrentarse con el dilema de ser puramente de la clase obrera o ser de los asalariados, defender a la clase media asalariada y a la vez a la clase obrera haciendo una oferta válida para las dos clases —en un sentido muy laxo de la palabra clase—. El problema se resolvió en esos años: había una clase media asalariada que tenía intereses bastante parecidos a los de la clase trabajadora tradicional y se podía hacer un proyecto común. El problema regresa cuando en los años setenta los países desarrollados empiezan a tener una crisis de competitividad en la que es evidente que hay que adoptar políticas de austeridad, momento en que se producen fracturas entre la clase media y la clase trabajadora tradicional. Esta última ofrece una fuerte resistencia a la política de autoridad, tiene una gran fuerza contractual frente al Estado y consigue crearse un antagonismo con sectores de la clase media que piensan que desligándose del movimiento obrero tradicional pueden mejorar su situación. Entiendo que esto es lo que da origen al auge electoral del neoconservadurismo en los años ochenta.

Hoy estamos en una situación completamente distinta. El balance de la época conservadora, si lo entiendo bien, es que la clase media también ha perdido con la experiencia conservadora. Entonces ahora el problema es saber cómo se hace para crear un proyecto nuevo, en el que los sindicatos no impongan sus condiciones a la clase media, pero la clase media comprenda que no puede ir separada del conjunto de las clases asalariadas o si se quiere del conjunto de la población.

No es posible para la clase media aliarse con las clases privilegiadas en las finanzas o en la industria. Un modelo más o menos mayoritario de desarrollo implica una cierta coherencia de intereses entre trabajadores manuales y de servicios e intelectuales y profesionales. Ahí es donde se presenta el problema, porque —volviendo a la pregunta

anterior— la identidad política de la izquierda estaba muy marcada por los movimientos obreros, por los sindicatos. Ahora hay que crear un proyecto político en el que se reconozcan los sindicatos, pero también clases medias asalariadas. Es más difícil que en los años cincuenta. Ya la siderurgia, la automotriz, los astilleros no van a ser la base social de este movimiento.

Hay que buscar un movimiento que esté mucho más orientado por unos objetivos y por un modelo de sociedad, que por unas bases sociales preexistentes. Trabajar en función de un objetivo en vez de hacerlo en función de colectivos preexistentes, que se sabe lo que van a votar, es mucho más difícil; es lo que convierte a esta década en un tiempo tan complicado. Tan complicado como los años treinta —cuando tampoco se sabía en qué modelo de sociedad podían plasmarse las aspiraciones sociales—, aunque menos complicado en el sentido de que es mucho más difícil, por lo menos en Europa, el auge de un verdadero fascismo; es mucho más difícil que haya intentos autoritarios.

Los problemas son los mismos de los años treinta, las dificultades también, pero hay en cambio una serie de barreras, de seguridades que hacen que el experimento, aunque sea más complicado, sea menos peligroso que en los años treinta. No creo que ni los *republikaner*, ni Le Pen ni la Liga Lombarda puedan llegar a convertirse en un fascismo propiamente dicho.

— **Parecía que otro problema es el de partidos tanto de izquierdas como de centro-derecha que no se atreven a hablar de políticas de austeridad, porque electoralmente no reedita. ¿Estarías de acuerdo con que el gran problema de la crisis de representación tiene que ver con élites que se autonomizan, una política que se vuelve autárquica y una sociedad que cada vez se vuelve más escéptica precisamente porque hay esta carencia de «valor»?**

— Diría que no es la causa, sino el síntoma. La gente sabe cuál es el proyecto cuando ya está funcionando y tiene registrada la «marca comercial». En este momento no hay modelo de sociedad para los años noventa. Yo juraría que en España no lo hemos hecho tan mal; podríamos acabar siendo un ejemplo de lo que puede hacerse en tiempos de crisis. Pero prescindamos de esto. Hasta que el modelo no funciona, no hay identificación. Y si no funciona se advierte que las élites políticas trabajan para sí mismas —cosa que es completamente obvia, por definición en su *modus operandi*— y que, aunque estén intentando desarrollar un modelo, lo hacen ante todo para conseguir, en el caso de la política, la reelección, la continuidad.

En estos momentos es cuando cosas como el financiamiento ilegal de los partidos se convierten en intolerables, sin que nadie piense que el financiamiento paralelo es un efecto estructural del auge de los costos electorales de los años setenta y que es un problema de todos los partidos de cualquier país desarrollado. Pero, de repente, los agravios que hasta ese momento nadie consideraba, se vuelven intolerables. ¿Por qué? Seguramente debería haberse tenido que reflexionar antes y buscar una solución; pero estas cuestiones se vuelven intolerables ahora porque se ve que los partidos no consiguen llegar a una solución estable de la crisis.

A una persona que tiene acceso a la vivienda, al trabajo y tiene expectativas claras, no le importa que los partidos quebran ten la ley para financiarse; cuando esta misma persona no sabe lo que va a ser de su trabajo, no sabe si sus hijos van a tener acceso a la vivienda y tiene un horizonte cargado de incertidumbre, si entonces se le dice que los partidos se financian ilegalmente —cosa que seguramente ya sabía— éso, de pronto, se convierte en un agravio intolerable. Y se produce el antagonismo entre la opinión pública y la élite política. No es necesariamente un defecto de la élite

política, es más bien un defecto de los tiempos: una época en que los partidos no tienen la solución para la crisis económica.

Es evidente que hay que resolver el problema de transparencia del funcionamiento de los partidos, pero me parece que el problema más grave no se debe endosar a las élites políticas y tampoco a los creadores de opinión pública —para que sea agravio compartido— sino que hay que admitir que en tiempos de incertidumbre, cuando ya nadie sabe qué se puede hacer con el futuro, la gente se vuelve especialmente cívica.

— **¿No sería éste, justamente, el gran problema para la reconstrucción de una izquierda: un proyecto para el futuro?**

— El problema es encontrar el modelo: conseguir que la economía vuelva a funcionar, en el sentido de garantizar el futuro de los ciudadanos —no en el sentido de un futuro maravilloso—, de ofrecerles una expectativa de futuro, el problema es que en este momento nadie sabe cómo será el futuro. Las guerras locales, los Balcanes, la incertidumbre económica, el crecimiento brutal de la desocupación en Europa, los infinitos costos que está teniendo el ajuste macroestructural en América Latina, hacen que nadie tenga claro el futuro. Entonces, todo el mundo responsabiliza a los políticos. Quizá es más sensata la postura de Julliard en un artículo en el *Nouvelle Observateur*: «la política no sirve para casi nada». Cuando se ve que los políticos no pueden resolver los problemas, entonces es mejor admitir que la política tiene límites y que hay cosas que no se arreglan por voluntad de los gobernantes. Pero esto es muy difícil decirlo. La gente sigue esperando que los políticos resuelvan los problemas aunque éstos los superen.

En Europa, pese al temor de los dirigentes a tomar decisiones que les hacen impopulares, con el natural deseo de que les sigan eligiendo, aunque no tengan clara la solución, hay un proyecto, y diría además,

con cierto orgullo, que en España hay un gobierno y un Presidente, que se la juegan y que no les importa pagar el precio de la incertidumbre y de impopularidad a corto plazo por la racionalidad de realizar ese proyecto.

— **¿No habría para la izquierda un círculo vicioso? El problema para los partidos de izquierda, en específico, es no tener proyectos definidos, claros, que miren hacia el futuro pero, a la vez ella misma se encuentra en medio de la crisis de identidad, de capacidad política creadora, de intereses que puedan llegar a llamarse comunes.**

— Hay que definir un proyecto de racionalidad, que pueda crear intereses para la mayoría: que el conjunto de la población mejore su posición, que la economía en su conjunto crezca, y que esto, a su vez, no sea a expensas de otros países. Este, se diría, es un proyecto racional y socialista: privilegia a la mayoría y el orden mundial —evitando afectar a otros países—. Pero éste es siempre un diseño en el vacío, ya que el modelo anterior se ha caído. Hasta que el proyecto no funciona no hay votación a favor.

La cosa más complicada de la política es crear la ilusión de un futuro posible y deseable. Este es el problema, en este momento, para la izquierda. En América Latina porque se cayó el modelo proteccionista y de sustitución de importaciones; en Europa porque el modelo socialdemócrata, que era un modelo de socialdemocracia en un solo país, se cayó también en los años setenta. Necesitamos una socialdemocracia por lo menos continental, y en sus aspiraciones, mundial. Es muy difícil hablar de esto en un momento de existencia de un desempleo brutal y cuando en el mundo existe Somalia, para decirlo como un ejemplo. Pero hay que crear esa ilusión para conseguir que se movilice la población y que deje todo el mundo de pensar solamente en sus intereses inmediatos, a corto plazo.

Siempre un argumento negativo hay: cuando la gente piensa sólo en sus intereses a corto plazo, le pasa como a la clase media norteamericana, que pierde entre un 10% y un 20% de sus ingresos a lo largo de los años ochenta por la experiencia conservadora. Por ahí no se va a ninguna parte. O vamos a otro modelo o no se va a ninguna parte. Pero tener que trabajar con modelos puramente negativos, es decir, «ahí está el ogro y os comerá», es siempre difícil. El ideal sería un modelo que estuviera difícil. El ideal sería un modelo que estuviera funcionando, que sirviera de ejemplo. Esto es lo complicado.

No hay todavía una Europa socialdemócrata que funcione y que sea un polo de referencia para un orden mundial distinto, o unos Estados Unidos clintonianos que pudieran funcionar —pero parece que el Congreso se lo está poniendo muy difícil—. Hasta que esto no exista, es más difícil que la gente supere las incertidumbres; hacer un discurso ilusionante es muy complicado si no tienes un sitio a dónde mirar y ver lo que es y puede ser ese modelo.

— **A esta crisis actual la izquierda llega por «bancarrotas»: hasta que se cayó el socialismo real, amplios sectores se resistían a enfrentarse a las exigencias de reformulación y reorganización. Ahora no hay izquierda razonable que no reconozca el carácter radical del momento crítico. La izquierda llega a preguntarse sobre su identidad y responder a la necesidad de cambio no por dinamismo, no por fuerzas propias sino por la fuerza de las cosas. ¿Por dónde piensas que podría —o «debería»— buscar el punto de referencia? ¿Sería una preocupación más de tipo ética, económica o...?**

— Repitiendo cosas que han dicho ya otros: «la izquierda es ética más racionalidad»; es una idea de justicia, de cómo debería ser una sociedad justa, más una racionalidad

para analizar cómo es la sociedad hoy y cómo puede llegar a ser justa. Entonces, ni la utopía —que, como decía Pancho Aricó, es el recurso de los débiles: cuando no se sabe cómo salir del enredo en el que se está metido se habla de la utopía— ni la renuncia a la idea de justicia o el puro pragmatismo sirven. Hay que combinar la idea de cómo sería la sociedad justa a la que se quiere llegar y lo que se puede hacer en cada momento.

En este sentido, el reformismo frente a la utopía revolucionaria tiene gran ventaja, te dice que en cada momento sólo puedes rectificar el rumbo un cierto número de grados pero que no puedes saltar a la sociedad perfecta. Partiendo de esta situación actual tienes que plantearte lo que puedes mejorar. Desde un punto de vista ético, es evidente que un mundo dividido entre un 20% de privilegiados y un 80% dejado fuera del sistema no es viable, no es creíble, ni deseable. Dentro de nuestras sociedades es evidente que un modelo de desarrollo que deje afuera al 30% de la población de los países desarrollados, que deje que el crecimiento sea cosa sólo de una minoría o de una mayoría amplia, tampoco es deseable. Creo que la fuerza de la izquierda está en que para ella no sólo no es deseable sino que no es posible; no es posible crecer económicamente sobre la base de una minoría privilegiada.

El capitalismo tiene una ventaja en la que quizá no reparó suficientemente Marx y que nos descubrió Keynes: el desarrollo capitalista a mediano plazo exige que la mayoría participe en el crecimiento. Entonces no habrá crecimiento capitalista sostenido en un país si la mayoría no participa de este crecimiento y desarrollo; a nivel mundial no habrá crecimiento estable si no hay un orden mundial más o menos coordinado al que todos los países se vayan incorporando. Un mundo basado en las diferencias, polarizado, es inviable. Creo que éste es el punto en donde el ideal de justicia y el puro pragmatismo se anudan.

— **Gran parte de la crisis de la izquierda es provocada por el triunfo o avance de sus reivindicaciones: los valores que la izquierda defendía —justicia, igualdad, libertad— han sido reconocidos como problemas en distintas partes por diferentes orientaciones políticas; en principio estos valores se han difundido y se comparten. ¿Qué piensas de ello?**

— El mundo social sigue siendo la «naturaleza» para el hombre: no lo controlamos, es un mundo ajeno. Estamos en la prehistoria de la que hablaba Marx, es decir, que los seres humanos aún no controlan su propia historia. Esto significa que el modelo con el que se logró que las aspiraciones sociales fueran aceptadas por casi todo el espectro político, y con el cual se consiguió que estas aspiraciones se realizaran ha quebrado por razones que escapan al control de los dirigentes económicos y políticos, ha quebrado con una nueva crisis capitalista — la de los años setenta— frente a la que los socialistas todavía no hemos encontrado un modelo que permita mantener un consenso en torno a las aspiraciones sociales, y eso ha dado origen al ascenso neoconservador.

El problema es que los seres humanos aún no controlamos la sociedad, no conseguimos controlar el mundo social en el que vivimos. El socialismo es, por una parte, la idea de justicia, pero por otra, esa idea de la Ilustración de que las personas lleguen a controlar la sociedad en la que viven, que no pueda suceder que un mecanismo fuera de control se lleve por delante un modelo de sociedad solidaria, el modelo de la socialdemocracia europea. Pero a la vez ahí hay que meter un componente que es racional, y por otra parte muy moralista: los socialdemócratas de la posguerra creían que era posible controlar la economía y la sociedad en una quinta o décima parte del mundo, mientras el resto se caía a trozos, y hoy esto ya no es posible.

Si alguna vez llega a haber un control de la humanidad sobre las condiciones económicas y sociales de existencia deberá ser un

control mundial. Mientras el mercado signifique un 80% de exportadores de materias primas y un 20% de altos consumidores de energía y de bienes manufacturados, el mundo no puede funcionar. Creo que se trata, por una parte, de un problema de racionalidad, de desarrollo de la humanidad, de llegar a controlar a la sociedad y, por otra parte, de que esta sociedad realmente sea mundial; no es posible ya creer —ésta ha sido una gran ventaja de la crisis de los años setenta— que puede haber un 20% o un 10% de la humanidad que viva en el balneario y controle sus condiciones de existencia y un 80% o más excluido. Ahora, además, con la paradójica ventaja de que vemos en riesgo incluso las condiciones naturales de existencia de la humanidad, la biosfera: es en los peores momentos cuando la gente puede mejorar más. Es necesario darse cuenta de que hay que crear realmente un control social sobre el planeta y sobre la sociedad global, que no se puede ser un privilegiado en Bonn o en Oslo sino que, para vivir como Dios manda, hay que controlar la sociedad en todo el planeta y que todo el mundo pueda vivir igual.

— **Este es un punto decisivo: los problemas se han vuelto planetarios...**

— ...lo han sido siempre, pero nunca se había notado tanto.

— **Se ha tomado conciencia del carácter planetario de los problemas. Sin embargo, hay la impresión de un retraso de la conciencia de las élites políticas sobre el hecho de que no se pueden asumir soluciones puramente locales. Incluso en algunos sectores de la izquierda europea hay una especie de temor a involucrarse en problemas que van más allá de las fronteras. Además, la cuestión se plantea en términos de cómo ligar adecuadamente o pragmáticamente intereses que siguen siendo básicamente determinantes con una nueva concepción de la solidaridad internacional que asuma que intervencio-**

nes de la ONU —como la de Somalia o incluso, más discutiblemente, como la del golfo Pérsico o la de los Balcanes— sean reconocidas ya como parte de una situación que llegó para quedarse. El problema me parece decisivo porque incluso la izquierda en algunos sectores parece oponerse a la formación de estas fuerzas transnacionales. ¿Cómo lo ves?

— Muy complicado. Creo que en Europa la tendencia es absolutamente imparable hacia la afirmación del derecho de injerencia; hay una tendencia cultural y social hacia la afirmación de que las sociedades que están en mejor situación deben intervenir cuando un Estado (o la desaparición de éste) no permita garantizar los derechos humanos. Sectores de la izquierda se oponen a esto. Yo diría que son náufragos de la historia, que representan lo peor de la herencia del comunismo, no como comunismo sino como tradición antisistémica: «todo lo que promueve el gobierno debe negarse». Pero creo que el conjunto de la opinión progresista es partidaria de ir a los problemas mundiales. Me preocupa, incluso, que haya una falta de realismo. Por ejemplo, con la guerra de los Balcanes se está planteando en Europa, de una manera muy clara, un tipo de intervención de la que no sabe qué consecuencias pueda tener. La guerra de los Balcanes es un escándalo, pero poner fin a este escándalo, al genocidio y a la violación de los derechos humanos, puede ser una empresa costosísima y quizá con no buenos resultados. Creo que ahí nos debatimos entre dos cosas: la izquierda más tradicional, más esclerotizada, que no quiere salir de casa, y un voluntarismo juvenil que querría intervenir a cualquier costo para apagar este escándalo sin pensar en las consecuencias.

Siempre se habla de cómo el Estado nacional está superado por la economía, de cómo ésta se ha vuelto supranacional y de que los Estados nacionales siguen fingiendo que pueden controlar su economía nacional. Esto es grave, pero más aún el hecho de que

tenemos que saltar de la ilusión de que los Estados son los únicos responsables del orden nacional, al Estado mundial y a la *paz perpetua* kantiana. En este sentido, estamos en una época decisiva. Llegar al Estado mundial es muy complicado, y es la primera vez, creo, desde los tiempos de Kant, que se plantea, en la práctica, tratar de hacerlo. Me parece que hay dos peligros obvios: el voluntarismo que no mide los efectos y esta absurda deslegitimación de la ONU, por sus insuficiencias y su dependencia de Estados Unidos, que practica la izquierda más tradicional. Esto es moralmente repugnante — aunque sea comprensible en el caso de las personas concretas por sus experiencias anteriores—, pero me parece uno de los aspectos más reaccionarios del pensamiento actual. Lo otro es un problema pragmático: ver si podemos hacer una intervención militar que lleve la paz a Bosnia-Herzegovina. Moralmente, quienes son partidarios de la intervención están de acuerdo en que sólo sería conveniente una intervención si tuviera como consecuencia parar el genocidio. Pero lo otro es una posición simplemente abyecta.

— Que se apoya además en una especie de defensa de privilegios...

— No. Se apoya en experiencias anteriores. «No a Estados Unidos en Vietnam», «No a Estados Unidos en Corea»; experiencias que remiten a historias personales que se pueden comprender, pero conducen a un planteamiento moralmente repulsivo en este contexto concreto. Que a una persona le digan que en Bosnia han violado a 20.000 mujeres y conteste que ningún ciudadano de su propio país puede ir a detener esto porque es injerencia en los asuntos de otro país, simplemente es repulsivo moralmente.

— Pero ello tocaría uno de los famosos principios de la izquierda tradicional, la autodeterminación nacional.

— No hay tal cosa.

— **¿Entonces estarías de acuerdo con Dahrendorf en que por encima de la autodeterminación nacional está la autodeterminación del ser humano?**

— Yo estoy de acuerdo con la letra de «La Internacional»: «No hay más que una patria, que es la humanidad».

— **La cuestión ética es uno de los aspectos centrales de la crisis de la identidad de la izquierda. ¿Cómo relacionarías una ética de izquierda —de equidad o de justicia— con un proyecto político viable?**

— El proyecto político para la izquierda debe tener dos ideas muy claras: la equidad, igualdad de oportunidades de vida y que esta última no puede ser nacional, tiene que ser supranacional. Es verdad que tú puedes trabajar en diferentes niveles en tu propio país, y también para que los demás países puedan llegar a lo mismo que tú. No puedes buscar una fórmula de privilegio. Es la parte ética. La otra parte es cómo convences a grupos sociales en disolución, a quienes no tienen identidad colectiva propia —estudiantes, gente no iniciada en el proceso laboral o amas de casa, jubilados, que están fuera del proceso laboral— ¿cómo los puedes comprometer en un mismo proyecto de futuro? Esta es la parte difícil de la política, porque tiene que combinar una ilusión de futuro con una definición de los intereses a corto y mediano plazo, donde la gente pueda reconocerse y se sienta interpelada, como diría Ernesto Laclau.

Hay que conseguir hacer esto combinando situaciones con posibilidades reales. Algo muy difícil, porque significa, por una parte, ser capaz de ver cuáles son esas posibilidades reales, y vivimos en tiempos de incertidumbre en los que nadie conoce muy bien dichas posibilidades reales y tienes que conseguir que eso lo entienda el ciudadano de a pie, que es quien tiene que apoyar el proyecto. Para poner un ejemplo, no tiene ningún sentido decir a un minero

de 45 años que si se cierra su mina, su hijo podrá trabajar en informática —que por cierto ni en este campo hay mucha demanda en España—, porque él quiere que su hijo le sustituya en la mina cuando se jubile. Hay que contar con esa identidad colectiva, definida de antemano y que es muy difícil cambiar. Pero al mismo tiempo sabes que la mina no puede seguir funcionando, y tienes que tratar de darle la ilusión de futuro sabiendo que para un gran número de gente esa ilusión de futuro que tú le intentas vender no es creíble: tienes que crear una mayoría, tienes que saber que se están destruyendo identidades tradicionales que eran las que te daban el voto y crear una nueva identidad que, si tienes suerte, será tradicional dentro de diez años. Es un problema de liderazgo y de definición del futuro. Es lo más complicado que existe en política. Y no tiene que ver con el problema de las élites —que es también un problema— sino con capacidad de análisis y de credibilidad. Ese es el punto donde la ética puede acabar siendo el factor dominante a nivel personal. Es desagradable admitirlo, sobre todo para quienes venimos de una tradición marxista, pero hay veces que la capacidad de credibilidad y de coherencia ética en una sola persona puede ser lo más importante para la definición del proyecto, del discurso y de su credibilidad.

— **Al respecto hay una advertencia de Bobbio muy aguda, cuando afirma que justamente el desprestigio actual de la izquierda —sobre todo en los países desarrollados— provoca que se busque la credibilidad ética en instituciones como la Iglesia, que son las únicas que parecen estar más allá de la corrupción política, del fracaso de los programas, y que entonces se vuelve a ellas y de ahí renacerían ciertos fundamentalismos de corte religioso. Tengo la impresión de que efectivamente hay este problema de credibilidad por parte de las élites.**

— Sí. Contesto primero lo de Bobbio. En parte, el problema de los fundamentalismos es lo que analizaba Pizzorno: cuando tienes una identidad en crisis, y tienes incertidumbre sobre cómo te van a valorar racionalmente, dentro de tu estrategia para llegar a ciertos fines se te presentan dos problemas: ¿cómo alcanzo esos fines y quién me evaluará? ¿Quién decidirá si he fracasado o triunfado? Cuando la incertidumbre es alta te preocupas menos de que la estrategia salga bien que de que quienes te evalúen estén de acuerdo con esa estrategia apuntada. Buscas definir identidades muy fuertes en las que sepas que, te vaya bien o no, quienes te evalúen habrán pasado lo mismo que tú; esas identidades fuertes son el nacionalismo y el fundamentalismo religioso.

— **Da la impresión de que reconocer que la racionalidad tiene límites en la política le cuesta a la izquierda. ¿No crees que ahí hay además un problema que tiene que ver con lo que se ha llamado el fracaso del proyecto de la Ilustración, del ciudadano no educado?**

— Si quieres tiene que ver con el teorema de incompletud de Gödel. Ningún sistema de racionalidad política es completo, tiene que basarse en algún principio externo al sistema. Se sabe desde Durkheim, y es completamente absurdo que le demos vueltas ahora como si fuera un descubrimiento: no hay ningún sistema de racionalidad completa, que no tenga algún fundamento exterior irracional o a-racional.

La idea de que una Constitución votada por la mayoría define la regla de juego mayoritaria, no tiene ningún fundamento racional. ¿Por qué la mayoría puede definir la racionalidad? Igual puedes acudir a las paradojas de Arrow: ningún sistema de votación garantiza la expresión de las preferencias individuales a través de reglas del juego democrático. No hay forma de fundamentarlo racionalmente. Lo fundamentas en una opción, y luego funciona mejor o peor,

si es lo que menos mal funciona te quedas con él y punto. Todo en política se hace así.

La izquierda ha creído que podía lograr un orden autofundamentado, idea en sí absurda. Hay que superar esa idea de orden total, autofundamentado, y aceptar que todos son órdenes opcionales, pese a lo cual evidentemente yo me quedaría, en forma muy arracional, con el orden democrático como el mejor. Pero que la izquierda se adapte a esto y asume que hay órdenes arracionales en su fundamento que son los óptimos para la sociedad y la justicia, y para conseguir un orden social vivible, es complicado.

— **Uno de los lados problemáticos de la participación ciudadana es que se ha abandonado al reclamo, a la protesta; se ha dejado seducir por la «compra-venta», por la oferta de los partidos en campaña, o se abandona al sensacionalismo. La renovación de la izquierda tiene en su agenda pensar el problema de la participación ciudadana. Pero viéndolo desde la perspectiva de los ciudadanos, de estos individuos de izquierda que están entre sensacionalismo y protesta irracional...**

— Replantéalo: suponte que esos individuos no son de antemano de izquierda. Hay gente que tiene demandas que vienen dictadas por sus condiciones de vida —ambiente, vivienda... ¿Son de izquierda o de derecha? Decimos que son de izquierda en la medida en que las capitalizan sobre todo organizaciones de izquierda, pero las demandas son de izquierda o de derecha según el proyecto en el que se integran. En un proyecto mayoritario o en uno para privilegiados. Tener una vivienda decorosa no es lo mismo si se lo plantean los vecinos de un barrio obrero que si lo hacen los ciudadanos de una urbanización de lujo, que no quieren que les cobren demasiados impuestos, pero sí un ayuntamiento propio para garantizarles servicios públicos. Las demandas no existen *a priori* como de derecha o de izquierda. Depende de en qué pro-

yecto se integran. E incluso, la propia definición de las demandas depende de los proyectos políticos que haya en el mercado. El sensacionalismo que hoy existe respecto a los movimientos sociales o a las iniciativas ciudadanas es un sensacionalismo de izquierda antigubernamental siempre, pero el problema es si estas demandas son integrables a un proyecto político progresista o no.

Los movimientos sociales, la participación ciudadana, tienen siempre sentido porque todo el mundo tiene por los menos el derecho, y quizá la obligación, de defender sus intereses; pero empezamos a hablar de política cuando sabemos si esto se puede articular en un proyecto mayoritario o si se trata de un proyecto de privilegio.

Lo de los «verdes» me parece absolutamente espectacular: una generación de dirigentes leninistas reconvertidos a dirigentes de participación ciudadana, que en un momento tienen que decidir si se integran al proyecto mayoritario o si siguen en un proyecto marginal, puramente local, que puede degenerar en un proyecto de privilegio. Es el límite de la política de demandas particulares. Entre las personas concretas y el Estado hay partidos políticos que defienden proyectos mayoritarios. Pueden estar en un momento dado financiados ilegalmente, pueden tener problemas, pero los partidos políticos permiten la transformación de las demandas particulares en un proyecto de Estado, y sin esto no hay política.

— **No hay política democrática si los ciudadanos no exigen...**

— No hay política democrática sin ciudadanos.

— **Pero además exigen políticas racionales...**

— No necesariamente, defienden intereses. Ellos dicen lo que quieren. Bueno, pero ¿cómo quieren obtenerlo? ¿Cómo quieren

que les mejoremos su medio ambiente? ¿Eliminando toda la industria de los alrededores o garantizando una industria menos contaminante? ¿Quieren que haya empleo en la zona o que todo sea un parque? Este es el punto. Yo quisiera vivir en lo alto de una montaña, con un coche que me recogiera cada mañana y me llevara al trabajo. Seguramente esto no es posible. Entonces, si tú quieres vivir en un medio ambiente no contaminado, con buenas condiciones de vida y con un vecindario agradable, ¿cómo lo vas a hacer? ¿Excluyendo minorías étnicas de la zona o garantizando su integración? ¿Tienes que pagar impuestos o no pagas ninguno? Esto es la política.

— **Planteado como definición de los intereses de los ciudadanos, ¿no exige mayor grado de racionalidad política por parte de los ciudadanos, conciencia, elevado nivel de información...?**

— En una sociedad ideal lo exigiría, pero lo que exige ante todo es claridad política sobre qué tipo de sociedad propones, para que los ciudadanos, sea cual sea su cultura política, elijan. ¿Quiere vivir en una urbanización privilegiada o en un barrio multirracial en el que todo el mundo esté bien?

— **Pensaba más bien en un ciudadano puramente demandante al que le interesa sólo el corto plazo. ¿Qué habría que hacer para que la ciudadanía se hiciera más responsable?**

— Parto de una antropología más optimista, que es la de Hirschman, y aunque no creo que se pueda reeducar demasiado a ningún ciudadano, sí creo que los jóvenes se educan de diferente forma. Que un joven que haya visto a su padre defender la urbanización y rechazar a los moros, a los negros (o a los mexicanos), porque ponen en peligro la viabilidad de la zona, es probable que piense de otra forma.

Creo que hay que hacer política y ética, y tratar de convencer a la gente de que es mejor una sociedad multirracial, multiétnica... Que es mejor una sociedad en la que todos sean más iguales que una de privilegio. Misteriosamente, si se maneja bien la cuestión del cambio generacional y se ofrece un ejemplo decoroso, si no reeducas a los pa-

dres —que es ya difícil— puede que los hijos te apoyen. Incluso pienso que la política de izquierda como discurso «moralista» tiene este sentido.

Versión con modificaciones menores de la entrevista realizada por Antonella Attili y Luis Salazar © Etcétera.